



**HOGARES DON BOSCO**

**FORMACIÓN CRISTIANA**

**ETAPA III**

# **DESAFECCIONES DE LA FE**

## ORACIÓN

- Lc. 15,11-31. *Parábola del Hijo pródigo. Dios es quien acoge.*
- Mt. 20,1-16. *Parábola de los trabajadores llamados a última hora. Dios llama a todo el mundo.*
- Mc. 2,17. *Jesús ha venido a llamar a los pecadores, no a los justos.*

## DESAFECCIONES DE LA FE

Cuando se celebra un bautizo, se hace constar en los libros de los archivos parroquiales. Estos dan fe de un hecho: aquél niño/a o persona adulta, en una fecha concreta, fue bautizada. La inscripción no dice nada de su actual condición personal: si es un buen cristiano, si cree en Dios o no, si es practicante o ha dejado de serlo. Las partidas de bautismo se dan a los propios interesados, no a terceras personas, si las necesitan para recibir la primera comunión, la confirmación o para contraer matrimonio en la Iglesia.

El libro de bautismos no es un registro de los cristianos, de los que actualmente pertenecen a la Iglesia Católica. La Iglesia administra el bautismo a los niños y niñas cuando sus padres se declaran creyentes y lo solicitan con una petición formal. En el caso de los niños, del mismo modo que los padres introducen a los hijos a formar parte de una sociedad, de una cultura, de una lengua, de una familia, los llevaron a la Iglesia para recibir el sacramento del bautismo porque creían que era importante transmitirles la fe, sus valores, integrarles en la comunidad cristiana. Ciertamente la motivación de muchos padres al pedir el bautismo para sus hijos puede responder a diversas causas, desde la de los que se consideran creyentes, a la de los que lo solicitan más bien por motivos de cariz sociológico: seguir la tradición familiar, celebrar el nacimiento de un hijo, sin sentirse implicados plenamente en la vida de fe o en una comunidad cristiana. No se puede negar que muchos padres que piden el bautismo para sus hijos, tienen una fe, aunque sea sencilla, que forma parte, consciente o inconscientemente de los valores familiares.

Actualmente los medios de comunicación han hablado de un hecho, en cierto modo, nuevo: la petición de “desafección” de la Iglesia Católica, petición formal de que borre la inscripción donde consta la propia condición de bautizado. No es que sea un hecho masivo pero sí que ha sido significativo y ha creado cierta tensión entre la Iglesia y los que han hecho tal petición. También es cierto que en algún caso de los que han pedido darse de baja de la Iglesia, posteriormente han solicitado su reincorporación, pero han sido una minoría.

Las causas de tal desafección son diversas. Unos lo hacen porque se consideran no creyentes. Justifican su petición en el hecho de no querer constar en un registro de personas con fe, por coherencia y honestidad. Otras porque la ceremonia se hizo cuando eran niños y no podían decidir si querían ser bautizados o no. Afirman que la Iglesia ejerció sobre sus padres un poder y una manipulación que no respetó convenientemente su voluntad. Otros no quieren pertenecer a una institución que les niega el ejercicio de sus derechos y por eso piden que se les dé de baja.

La opción de desafección o de darse de baja de la Iglesia básicamente no es una cuestión de constar en un archivo. Ser miembro de la Iglesia es consecuencia de creer, de tener fe en Jesucristo. La Iglesia tiene también un lado humano, porque está formada de personas, y manifiesta sus virtudes y defectos. La Iglesia es una comunidad de creyentes con una

estructura que tiene por finalidad ayudar en el camino de la vida, de la fe. Las estructuras ayudan, pero también limitan; aclaran y oscurecen a la vez. Lo que la Iglesia dice y hace, siempre debería remitir a comprender mejor y a ayudarnos a vivir más intensamente la relación con Jesucristo. La misión de la Iglesia no es darnos la razón de lo que pensamos o justificar nuestra forma de ser y de actuar. La Palabra de Jesús quiere mostrar el rostro misericordioso de Dios, su comprensión y amor, e invitarnos a cambiar nuestra manera de ser, en otras palabras, la necesidad de convertirnos. Esta misión siempre tendrá riesgos, dificultades. La Iglesia, a pesar de la presencia del Espíritu, no siempre acierta en el empleo de las palabras más adecuadas; no siempre sus representantes ofrecen el ejemplo más adecuado, y pueden caer en todo tipo de tentaciones. Sus juicios pueden no tener el acierto total o la credibilidad necesaria para el mundo moderno. Un famoso teólogo del siglo XX, Karl Rahner, en una conferencia que dio en la Universidad de Barcelona hace años, se limitó prácticamente a exponer todas las deficiencias y “miserias” de la Iglesia, para llegar a concluir que ninguna de ellas le harían abandonarla ni le haría perder la fe en Jesucristo que le había transmitido. Hay que evitar identificar la estructura eclesial con su mensaje, con lo que es la Iglesia como comunidad de creyentes.

Ciertamente la fe es una opción personal, una adhesión a Jesucristo como revelador del hombre y de Dios. Él es el “Dios con nosotros” que se ha dado del todo, manifestando hasta qué punto Dios nos ama y nos perdona. Los hombres y las mujeres de hoy quieren ser comprometidos, acogidos, aceptados en su realidad personal. A la Iglesia se le pide aquella comprensión y acogida que Jesús quiso mostrar con todos. La Iglesia remite a Jesús, pero no es Jesús. Su estructura y su forma de hacer las cosas no es divina, remite a lo divino. Como comunidad no es santa, sino pecadora. Su misión no puede justificar lo que nos interesa y gusta, sino iluminarlo con una Palabra que provoque un cambio hacia el bien, la verdad, el amor, el perdón, la comprensión.

Hoy hay que ser cristiano por convicción. Hoy existe la posibilidad de “darse de baja” de la Iglesia. Lo peor es estar en esta situación sin darse cuenta. Este es el caso de los que se llaman creyentes sin vivir la fe, de quienes nunca participan de las actividades de la comunidad a causa de su individualismo, de quienes creen en ella sólo si piensa como ellos, de quienes se escandalizan de los pecados eclesiales pero no de los propios, de quienes practican una fe a la carta.

La Iglesia debe estar abierta a todo el mundo; debe ser signo de esperanza y de comprensión para los que están marginados socialmente, culturalmente o marginados de la fe. Todos hemos de hacer una profunda reflexión sobre qué quiere decir ser creyente, qué es poner nuestra esperanza en el Evangelio, qué conlleva pertenecer a la comunidad cristiana, cuál es la función de los pastores hacia los creyentes. Pecadores lo somos todos, no únicamente los responsables de la comunidad. Las estructuras no son la esencia de la fe y siempre son reformables, y el último juez de la fe tan sólo lo es Dios. A todos nos hace falta hacer signos de comprensión y de reconciliación, especialmente la Iglesia, porque esta es la misión que le ha encomendado Jesús.

## **Preguntas para reflexionar**

- 1.- El último párrafo nos invita a la reflexión. ¿Cómo nos situamos personalmente?
- 2.- La crítica hacia las estructuras eclesiales, ¿tiene para nosotros más importancia que la vivencia de la fe?
- 3.- ¿Qué puede ayudar a los no creyentes o a quienes dudan a superar la crisis de fe?
- 4.- ¿Cuál es nuestra responsabilidad en el problema del actual ateísmo, agnosticismo, indiferentismo ante la fe?

## **Bibliografía**

- Qué es ser cristiano. G. Mora. Ed. Centre de Pastoral Litúrgica. 2004.
- La crisis de la transmisión de la fe. Ll. Duch. Colección Cristianismo y Cultura. Ed. Fundació Joan Maragall.

Barcelona, Junio de 2009